

EXHORTACIONES PASTORALES

PREDICADAS

EN LA PRESENTE CUARESMA

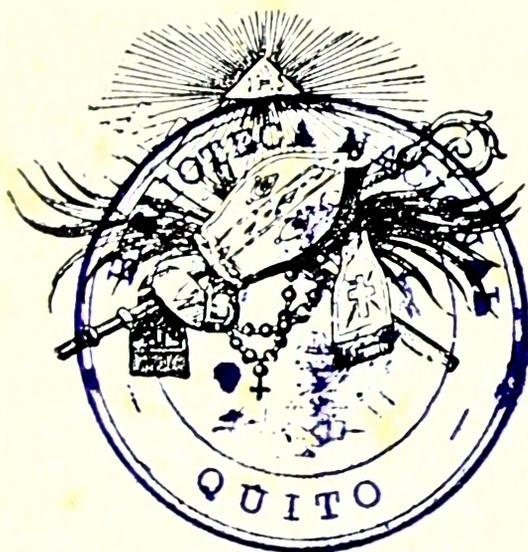
POR

EL OBISPO ADMINISTRADOR APOSTOLICO —

DE LA DIOCESIS *Montevideo*

Isidoro Barriga

TERCERA



GUAYAQUIL —

IMPRESA DE GOMEZ HERMANOS, CALLE DE AGUIRRE 62

1893 —

FIN SUPREMO DEL HOMBRE.

In gloriam meam creavi eum.
Lo he creado para mi gloria.

Isaías XLIII, 7.



Lo siento, dice un distinguido autor, que es necesario un Dios para llenar un corazón tan grande como el que ha dado al hombre. ¿Quién podrá referir, Dios mío, exclama en otro lugar, los milagros de vuestra sabiduría, y la alteza de vuestros designios sobre el hombre? *Hagámosle*, dijísteis, *á nuestra imagen y semejanza*. Del fondo de vuestra virtud sacásteis aquel rayo de luz que da movimiento y facultad de pensar á la nada, y hace de una masa fría un adorador del Dios vivo. ¡Qué es-

pectáculo! Hé aquí á Dios conocido fuera de sí mismo; y como la nada, después de un silencio eterno, contempla la grandeza de la gloria y publica las maravillas del poder del Creador.”—*La Mourette*.

“ El hombre, afirma otro notable escritor, ocupa en el plan de la divinidad la esfera que tiene entre las cosas creadas. Si es la creatura más distinguida de la tierra, también lo es á los ojos del Sér que todo lo conoce. Capaz de disfrutar de una dicha más sublime que la de los animales, también está destinado á una felicidad mucho mayor. Capaz de inmortalidad, una vez que está en estado de desearla, debe esperarla de su virtud por lo mismo que la puede gozar? ¿Quién se atrevería á pensar, agrega en otro pasaje, que toda la grandeza del hombre, todo el conocimiento de que es capaz, todos los nobles deseos de su corazón y todas las inmortales esperanzas de que está poseído, fuesen reducidas para siempre á la triste suerte de servir de pasto á los gusanos que van arrastrándose sobre la tierra? ¿Nó sería esto herir con un solo tiro á Dios y á los hombres?—*Young*.”

“ Todas las sensaciones físicas son en sí mismas testimonios de nuestra miseria, dice Bernardino de Saint Pierre; el gusano nace en la abundancia en el seno de un fruto: halla luego en sí mismo de qué hilarse una tela que le sirve de envoltura: después se transforma en mariposa brillante para perpetuar su especie sin cuidados y sin remordimientos; mientras que el hijo de un rey nace desnudo entre lágrimas y gemidos, necesitando siempre del socorro

ajeno, y hallando en sí mismo á su mayor enemigo. ¡ Ah ! si no fuésemos todos más que hijos del polvo, valiera mil veces más venir á la existencia bajo la forma de un insecto que bajo la de un emperador. Pero no ; el hombre ha sido abandonado á la última de las miserias, á fin de que recurra sin cesar á la última de las causas. . . .

“ El alma, cuya inmaterialidad conocemos por los sentimientos y la inteligencia, se une íntimamente con el objeto de su deseo, sin que la distancia, el tiempo, el tamaño ni otra cosa alguna puedan impedir esta unión. Cuando el alma lo quiere se hace, y en un instante recorre todo el mundo.” — LA-TORRE, *Filosofía del Sentimiento*.

Siempre que el alma está unida al legítimo objeto de sus facultades, se halla en el pleno goce de éstas, las ejerce debidamente ; por lo contrario, una vez separada de ese supremo objeto, el ejercicio de ellas es imperfecto. De aquí que, con mucha propiedad, la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Iglesia, en una palabra, determinan místicamente bajo los nombres de *vida* el estado del alma en amistad con Dios, mediante la gracia, y de *muerte*, cuando perdida la gracia por el pecado, se separa de Dios ; pues que hay gran semejanza entre los efectos que la separación del alma produce en el cuerpo, y los que causa en el alma el alejamiento de la gracia.

Por esto ha dicho Nuestro Señor Jesucristo: *Non in sole pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*. No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios, esto es, de la Verdad.

Esto vamos á considerar, amados fieles, siguiendo el ejemplo de la Parábola que es actualmente materia de nuestras reflexiones.

I

Luego que el pródigo hubo gastado todo lo que poseía, dice el Salvador, sobrevino un hambre terrible en aquella región; y él empezó á verse en la indigencia. Fuése, pues, y se arrimó á uno de los ciudadanos de esa tierra, quien lo envió á su casa de campo, para que se empleara en guardar puercos: deseaba saciar su hambre con los desperdicios de tan inmundos animales, y aún esto se le niega.

¡ Hé aquí, amados fieles, cuán efímeros son los bienes de la tierra ! Ese joven era dichoso, según el mundo, pues que poseía gran fortuna. Sí, le hemos visto salir, no há mucho, cargado de riquezas y de honores de la casa paterna ; los amigos le rodeaban en considerable número, disputándose el tributarle atenciones y alabanzas ; todo le sonreía en su derredor, brindándole goces, placeres, dicha inefable !

De repente cambia por completo la escena : aparece solo, desgredado, abatido ; es objeto del general desprecio ; por donde quiera que dirige sus lánguidas miradas no ve sino tristeza, aflicción, sombras pavorosas. Desfallece por falta de alimento, y no encuentra siquiera una mano que le alargue un pedazo de pan para saciar el hambre que lo devora, ni un harapo para cubrir su vergonzosa desnudez. *Vidi impium superexaltatum et eleva-*

tum sicut cedros Libani; et transivi et ecce non erat. Vi al impío sumamente ensalzado, encumbrado como los cedros del Líbano ; y hé ahí que pasé, volvíme luego hacia él y ya no existía.—Psalm. XXVI, 35, 36.

Postquam omnia consummasset. Pasaron sus riquezas, sus goces, sus placeres, con más velocidad que la ligera navecilla surca el ondeante mar, sin que, así como del paso de ésta, haya quedado de todos ellos el menor vestigio : *cum præterierit non est vestigium invenire.*—Sap. V, 10.

Naufraga la nave que conduce á Aristipo; el filósofo pierde cuanto lleva consigo, pues apenas alcanza á salvar la vida. Una vez en tierra y reconocido por los habitantes de aquel país, obséquianle éstos otros tantos bienes de los que ha perdido, en homenaje á la fama de su saber. Luego escribe á los amigos de su patria, diciéndoles : “aprovechad de mi ejemplo : no os proveáis en vuestros viajes, sino de aquello que no puede perderse en los naufragios.”

Pues bien, amados fieles, Jesucristo nos aconseja que nos empeñemos solamente por atesorar las riquezas que no pueden perecer en las fluctuaciones de esta vida transitoria ; que nos procuremos el tesoro de la verdadera sabiduría, cual es el temor de Dios, haciéndonos así ricos en buenas obras ; riqueza única de sólido fundamento para lo venidero, como dice el Apóstol, por medio de la cual alcanzaremos la verdadera vida.—1.^a Tim. VI, 19.

Por todo esto, exclama San Bernardo, dirigiéndose á los que sólo buscan los bienes de la tierra:

“Corréis tras las riquezas : ¿ ignoráis, insensatos, que su amor envilece, que el poseerlas es una pesada carga y el perderlas un tormento ?”

Pero, volvamos á nuestra principal consideración. El Pródigo no se encontraría en tan lamentable estado, no habría conocido la indigencia, si no hubiese abandonado el hogar paterno. Alejóse de su padre, en el loco anhelo de buscar libertad y placeres en el mundo ; mas ¡ qué desengaño ! sólo halla esclavitud y miseria. Triste, amados fieles, pero verdadera imagen del que se aparta de Dios.

Facta est fames valida in regione illa: Sobrevino un hambre terrible en aquella región,—¿ Qué puede encontrar el hombre en la región tenebrosa de la mentira y del vicio ? ¿ Qué puede experimentar el alma allí, donde no llegan los rayos vivificantes del sol de la verdad, y se carece por completo de la semilla fecunda del bien ; qué otra cosa sino hambre, hambre verdaderamente terrible, hambre mil veces más atormentadora que la que sufre el cuerpo ?

La inteligencia, sirviéndonos de las palabras de un famoso orador, es la facultad de conocer. Conocer es ver lo que *es*; y ver lo que *es*, es poseer la verdad ; porque la verdad no es otra cosa que lo que *es*, en cuanto puede ser visto por el espíritu. De donde resulta que la verdad es el objeto de la inteligencia, y la función de ésta, inquirir, penetrar y retener la verdad y vivir de ella y por ella ; porque fuera de lo verdadero, el espíritu se halla en el estado de la ignorancia ó en el error.

En cuanto una facultad se une á su objeto, en

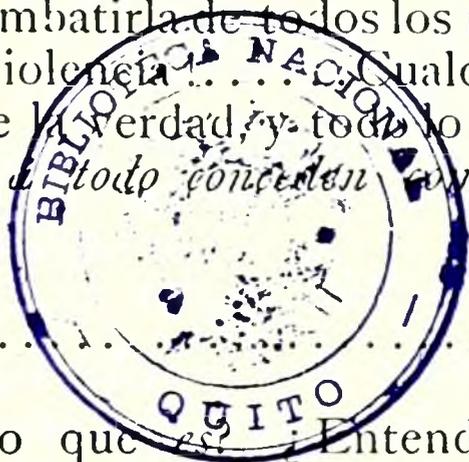
cuanto llena su misión, llega también al descanso. La inteligencia al recibir, pues, la luz de la verdad, reposa, se complace, se exalta, y, en fin, es dichosa, según la naturaleza de la visión que la ilumina y llena. Conocéis la historia de aquel gran geómetra, quien después de haber luchado por espacio de muchos días, buscando la solución de un problema, dió con ella sin ningún esfuerzo, cuando estaba en el baño: enajenado de gozo y entusiasmo, sale precipitadamente, sin reparar en el estado de desnudez en que se hallaba, gritando por las calles de Siracusa: ¡ la he encontrado! ¡ la he encontrado! “Esta es una viva imagen de las santas nupcias del espíritu con la luz divina, cuando el hombre se ha hecho digno de esta alianza inmaterial, por una vía que disminuye la sujeción de su doble naturaleza al orden inferior. Estos bellos goces dependen á un mismo tiempo de la grandeza del espíritu y de las ideas que lo inundan; éstas crecen con las márgenes del río de la inteligencia, y con el torrente luminoso que penetra en su álveo.”

“A las veces el espíritu es grande sin que lo sea la luz; entonces tienen lugar aquellas tristezas misteriosas, cuyo sello habéis reparado tantas ocasiones en las frentes de muchos de vuestros contemporáneos. Víctimas estos hombres de la duda, han bebido en la copa de la sabiduría sin llevar á sus labios la de la verdad. Han estudiado los siglos, interrogado los mares y consultado los astros; nada se ha escapado á sus perspicaces meditaciones, y, sin embargo, un velo espeso cubre sus ojos y no les permite penetrar en el fondo de lo mismo que

ven, ni darse cuenta de los resplandores de su propia vida. Sus luces son hasta tenebrosas; cada nuevo descubrimiento que hacen, es otro abismo más que se presenta á su vista, y semejantes al labrador que, arando en los campos de Tebas ó de Babilonia, tropieza á cada momento con ruinas desconocidas, estos poderosos investigadores de la naturaleza á cada surco que abren en la inmensidad de las cosas, hacen salir del seno de la ciencia grandes y dolorosas oscuridades.”

“Esta es la razon de que uno de los mayores crímenes que podemos cometer, es el hacer traición á la verdad y trabajar contra ella; porque esto es aborrecer nuestro primer bien, y enturbiar nosotros mismos las cristalinas fuentes en donde hemos de beber toda nuestra gloria y felicidad. ¿Qué es el hombre sin la inteligencia, y qué ésta si no va unida á la verdad? Si le quitáis al hombre la inteligencia, queda reducido á ser el rey destronado del mundo animal; y si dejándosela le despojáis del dón de la verdad, le abris un abismo tan profundo como lo infinito, *lo entregáis á los tormentos de un hambre* que jamás se verá saciado, y lo abandonáis á una multitud de aspiraciones con las cuales no podrá alcanzar sino sombras vanas en medio de un vacío inmenso y engañoso. ¡Puede darse una suerte más horrorosa!... ¡Puede haber crimen mayor que hacerse uno mismo el instrumento que á ella conduce!... Por esto fué siempre aborrecida la mentira, y por esto se mira con desprecio á todo el que se sirve de ella, aun en las cosas que por su insignificancia parece que podía merecer excusa.

Nosotros no perdonamos nunca al hombre que poseyendo lo verdadero, lo reemplaza á sabiendas con lo que es falso ó erróneo. ¡Cuánto menos perdonarán Dios y la humanidad á los que se levantan de propio intento contra las doctrinas más santas que nos han legado los siglos, y que, desesperando de poder vencerlas por medio de una discusión pacífica, echan mano para combatirla de todos los recursos de la astucia y de la violencia. Cualquiera cosa les acomoda más que la Verdad, y todo lo aceptan, todo lo protejen y *todo conceden completa libertad, menos á ella.*"



.....

“Y ¿qué es todo lo que *es*? Entendemos por esto el Cielo, la Tierra, los Mares? ¿Es esto todo lo que *es*? ¡Pero cómo! El Cielo, la Tierra, los Mares, la misma Humanidad y todo cuanto vemos tiene el caracter de cambio y de limitación, que no podemos reconocer en todo ello nada de la grandeza que encierra esta palabra: *ser*. Las lenguas humanas han agotado toda su elocuencia y toda su energía para expresar la *nada* de las cosas visibles; y sea cual fuere la voluntad del orgullo para glorificar el teatro en que se agita, todo lo más que se puede hacer en favor del universo, es descubrir allí esa sombra del *ser* y, por consiguiente una sombra de la verdad, ¿Dónde está el *ser*? ¿Dónde se encuentra lo que *es*? ¡Ah! yo lo presiento, y hasta lo sé. El ser es la unidad absoluta, eterna, infinita, la pluralidad sin división, el océano sin playas, el

centro sin circunferencia, la forma sin figura, el todo en fin, fuera del que todo lo que *es*, no es más que un hecho y un dón. ¿Y á quién he nombrado yo, señores, en lo que acabo de decir? He nombrado á Aquél que ha dicho de Sí mismo: *Ego sum qui sum*: Yo soy el que soy—Exo. III. 14.—He nombrado al que á aquellas palabras ha añadido estas otras: *Ego sum veritas*: Yo soy la Verdad.—Joan XIV. 6.—

¡ He nombrado á Dios !

.....

“Hace diez y ocho siglos que un procónsul romano llamó ante sí á un acusado, y después de haberlo mirado con la mayor atención, como si descubriese en su persona alguna señal muy notable, le dirigió estas breves palabras: “¿Eres tú el rey de los judíos?” El acusado respondió: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuese de este mundo, mis ministros habrían peleado para que yo no fuese entregado á los judíos; pero AHORA mi reino no es de aquí: *NUNC autem regnum meum non est hinc*”. El procónsul continuó: “¿Eres, pues, rey?” El acusado respondió: “Vosotros decís que lo soy. En cuanto á mí, he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad.” Levantóse entonces el procónsul diciendo: “¿Qué es la verdad?”—Joan. XVIII. 33 et seq.—Esta palabra terrible es la misma que nos dirige hoy *el racionalismo*, cuando le hablamos de la base de toda fé y de todo conocimiento; entonces

nos dice como el procónsul: ¿qué es la verdad?"—
LACORDAIRE.

Y cuando esto hubo preguntado Pilatos, continúa el Evangelista, salió otra vez á los judíos, esto es, dejó groseramente al divino Salvador con la palabra en la boca, rehusó oír su soberana respuesta. No menos que en lo anterior, el racionalismo imita también en esto á aquel cobarde deicida,

Ved, pues, amados fieles, cuán bien representado se encuentra en el Pródigo--como que es cuadro trazado por la mano del Hijo de Dios--, el infeliz que se aleja de la luz divina de la verdad traída al mundo por el mismo Jesucristo; el que, renegando de su fé, se aparta de las salvadoras enseñanzas de la Iglesia.

II.

Et ipse cæpit egre: Y empezó á verse en la indigencia.--Sí, separado de Dios el hombre--excepción tan sólo de aquellos que, por especial terrible castigo de su obstinación, quedan ciegos é insensibles--; separado el hombre de Dios, decimos, tiene que sentir necesariamente los funestos resultados de semejante apartamiento. A manera del que extraviado en la espesura de un bosque se ve acosado por el hambre y lleva á los labios cuantos frutos se presentan á su vista, teniendo que arrojarlos en seguida, porque no los halla propios para servir de alimento; así quien se extravía del sendero de la verdad, acoge indistintamente todos los erro-

res, todas las extravagancias con que tropieza al caminar errante en el escabroso campo de la duda. Y al paso que su inteligencia sufre hambre devoradora, su corazón es víctima de cruel agitación: apartado del sumo bien, nada le satisface; los miserables deseos que el vicio engendra en su pecho, uno tras otro, le atormentan sin cesar; un nuevo anhelo se sigue al que acaba de ser satisfecho. En medio de tanta intranquilidad, de tanto horror, ni un instante siquiera de paz.

Fué, prosigue la parábola, y se arrimó á uno de los ciudadanos de aquella tierra, quien lo envió á su casa de campo para que se empleara en guardar puercos. *Et abiit, et adhæsit uni civium regionis illius. Et misit illum in villam suam ut pasceret porcos.*

Tened cuenta, amados fieles, con el desastroso fin que de aquel joven temerario: vedle ya, no sólo en la más lamentable miseria, sino también realmente en la esclavitud más vergonzosa. La ternura y solicitud del padre se han trocado para él en la dureza, en la barbaridad de un amo desconocido que no le presta ni siquiera las consideraciones que se merece la sola dignidad de hombre. Rehusaba antes sugetarse á la menor contradicción, y hoy se encuentra sometido á un oficio repugnante, consagrado á cuidar inmundos animales; *ut pasceret porcos*: rechazaba toda autoridad, no consentía en reconocer superior, pero ni aun igual, y allí le tenéis tratado como el más vil de los esclavos: nadaba en la opulencia, y hoy llega á tal exceso de miseria su desgracia, que ansía saciar su hambre con los des-

perdicios de los mismos brutos que están á su cuidado, y ni aun esto le es permitido. *Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant: et nemo illi dabat.*

¡ Exceso abominable del que se aparta de Dios, del que desprecia su santa ley! Quisiera poder, dice el autor que seguimos, dar rienda suelta á sus pasiones, á semejanza de los irracionales, sin que nada lo turbe, sin que nada le remuerda. Vano deseo, inútiles esfuerzos: la conciencia le enrostrará siempre su crimen, y su corazón no disfrutará nunca de paz: *Non est pax impiis.* El corazón del hombre no ha sido creado para las cosas bajas, terrenales; ha sido hecho para Dios, y sólo Dios puede contentarlo.

Tengamos presente, amados fieles, el aterrador ejemplo que nos presenta Jesucristo en esta parábola: si alguno de vosotros ha seguido, por desgracia, las huellas del Pródigo, que entre en sí mismo y prevea el fin funesto que le espera: todo aquel que se aleja de Dios, según expresión del mismo Espíritu Santo, perecerá: *Ecce qui elongant se a te, peribunt.* Ps. LXXIII, 27.

¡ Oh Señor Dios Nuesrto: entre el estado del que se aleja de vos y aquel del réprobo, un momento constituye toda la diferencia; nuestro porvenir es incierto, y lleno de responsabilidad nuestro pasado; perder, por tanto, el solo instante del presente, es perder todo lo que nos resta. ¿ Y se ha de aguardar el trance de la muerte para volverse á Vos; se ha de esperar el momento de tocar con los umbrales de la eternidad para reflexionar sobre

nuestro verdadero fin. ¡Ay! quizás entónces no sirva sino para mayor tormento del pecador, para aumentar su desesperación.

¡Creador, Padre y Redentor nuestro!: grande, admirablemente grande ha sido vuestra bondad para con el hombre: lo hicisteis poco menor que los ángeles, comunicándole un destello de vuestra divina esencia; y luego lo encumbrasteis á la cima de la gloria y del honor, redimiéndolo con vuestra propia sangre: *Minuisti eum paulo minus ab angelis, gloria, et honore coronasti eum.* Lo dotasteis de facultad para poder contemplar la grandeza de vuestra gloria y admirar los prodigios de vuestra omnipotencia; le entregasteis además el dominio de todas las obras de vuestras manos: *Et constituti eum super opera manuum tuarum.* Y en cambio de tantos beneficios sólo le exigisteis que grabara en su corazón vuestro nombre sacrosanto; mas llega á tal exceso su ingratitud y su arrogancia, que de intento contraría vuestro mandato soberano: sí, reemplaza la majestad de vuestro nombre con la ridiculez de las cosas del mundo; robándoos lo que os pertenece, entrega su corazón á las creaturas. Desviado así de la meta que le señalasteis para todos sus pasos en el camino de la vida, se debilita en él, casi se pierde; la luz de esa antorcha divina que fijasteis en su frente, y, engañado en la oscuridad de sus extraviados caminos, toma mil sombras funestas, cual si fueran otras tantas realidades.

¡Ea, pues, Señor! dignaos enviar, os lo rogamos, del tesoro de vuestras misericordias, una gracia eficaz á estos vuestros hijos postrados aquí ante

vuestra augusta Majestad ; gracia que haga indeleble vuestro santo nombre en su corazón, á fin de que lejos de perder, reciban cada día más de lleno la luz purísima que Vos tragisteis del Cielo y, que, colocasteis en lo alto de la Cruz, para que sus rayos divinos comunicaran mayor fuerza á la que vuestra misma mano bienhechora había puesto ya en nuestra frente. En prenda de esa gracia, servíos, Señor, impartir á vuestros fieles vuestra santificante bendición, mientras nosotros se la damos en el nombre de vuestra Trinidad Beatísima, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
